

LA VOZ DEL PUEBLO

PERIODICO REPUBLICANO

Fundador: FRANCISCO JULIA

PRECIO DE SUSCRIPCION

En Palma: Un mes 0'25 ptas.
Fuera de la capital: 1'00 pta. trimestre.
Extranjero: 5 ptas. año.

AÑO VII

NÚM. 272

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Palma de Mallorca 10 Enero de 1919

Calle del Socorro, 90.—PALMA

República y Autonomía

El pueblo no debe dejarse engañar

El Pueblo está harto de sufrir engaños y no quiere predisponerse á sufrir otros que le conducen á la increencia general, á la indecisia, y que forzosamente acaba por ser incrédulo con toda la extensión de la palabra; los republicanos de pura cepa, los que han bebido en las fuentes puras y luminosas del gran Pi y Margall, del sublime Costa, han de comprender que una autonomía dentro la Monarquía Borbónica, es traicionar, es destrozar la verdadera esencia de la genuina Autonomía, que por ser real y positiva debe ir aparejada, debe cobijarse, debe nidar dentro la pura democracia y ya estamos, debemos estar ya los españoles desengañados, que la Monarquía Española, á causa de su engranaje inmovible, sin alma renovadora, sin entrañas maternas, es completamente indemocrátizable y, el tiempo, las energías, las fuerzas que se pierde con semejante pretexto, se precisa y debe invertirse en educar y poner el Pueblo en condiciones sólidas para vivir en plena República Federal, que es la esencia inadulterable de la Autonomía. El Pueblo, que siente ansias renovadoras que le conduzcan al máximo del bienestar, con el máximo también de libertad, justicia y fraternidad, no debe perder el tiempo dando calor á la constitución de nuevos organismos, sino dar vida propia y positiva á la constitución Republicana Federal que conduce evolutivamente á la perfección de la vida humana, logrando un saneamiento total basado en la equidad y justicia, en los problemas político, administrativo y religioso. *Si las energías empleadas en intentar la democratización de la Monarquía y las que se emplearán ahora con el intento de conseguir la Autonomía, que sólo tendrá el nombre si se consigue dentro la Monarquía Española, que no es la de Bélgica, ni la Italiana, ni la Inglesa; se hubieran invertido en derribar el régimen actual y sobre sus ruinas implantar la República Federal, España hubiera avanzado un siglo en la perfección y no se hubieran prostituido montones de políticos, que por demasiado sentimentalismo se han conducido ellos mismos, por sus equivocaciones que no han sabido remediar á tiempo, al suicidio del prestigio político que por su valía se cotizaba en las entrañas del Pueblo. Pero aún estamos á tiempo de remediar nuestros males mayores, si es que los hombres que están al frente de los asuntos públicos quieren vivir de la realidad, con la viciara hacia la verdadera orientación que las circunstancias actuales aconsejan. La hembra que en sus entrañas elaboraba el arbusto autonómico del Estado Central Español ha parido ya, y ha nacido un ente sin pies ni cabeza, un monstruo decadente, que ni siquiera merece el nombre de racional, y como los padres del monstruo autonómico han declarado ante el Pueblo que era lo mejor que sabían elaborar el máximo de perfección que el Estado Español podía soportar dentro sus entrañas; pues bien, puesto que dentro la Monarquía ya no se puede esperar nada, porque actúa siempre de espaldas al progreso, es preciso que todos los hombres que sienten ansias de Autonomía, se decidan de una vez á ingresar en el Partido Republicano Federal sumando todas las voluntades para formar un gran ejército democrático dando el golpe decisivo á la Monarquía y sobre sus ruinas implantar la República, con toda la Autonomía posible á los pueblos, para gobernarse y administrarse asimismo. Los partidos Reformista y Regionalista deben hacer exámen de conciencia y han de ver claramente que en España no es posible un sistema de República coronada, no puede ni es capaz ni tiene hombres para gobernar conforme exigen las circunstancias y requieren las relaciones europeas. España no será nunca grande con la Monarquía y sólo en la República hallará su salvación. Ante todo y sobre todo es el cambio de régimen; el Pueblo no debe prestar, no puede prestar, no prestará seguramente apoyo á estas corrientes de Autonomía, que dentro la región sería tanto ó más caciquil que el Centralismo, sería extirpar un mal para padecer otro peor, y el Pueblo no está para eso. El Pueblo quiere el cambio total del modo de ser de España y no perderá el tiempo con medias tintas, hay que abrir el paso á la República, al Socialismo, á la perfección total de las razas humanas. Ni regionalismo burgués y caciquil, ni reformismo equivocado dentro la Monarquía: el Pueblo quiere ¡República! ¡República! y ¡Socialismo!*

Palma

Francisco Juliá Perelló

Concepto político

«La política es cosa mala» dicen la mayoría de las gentes. «Sea político quien de ello haya de vivir». Y esta gente que así razona son los más políticos y los peores políticos. Son los

que al no hacer dejan hacer demasiado. Son los que sancionan lo malo, le dan carta de naturaleza y consienten con pasividad pasmosa que la buena política no triunfe. Su pasividad resulta máxima actividad de aquellos que aplauden sus teorías y las propagan á fin de que estos continuen creyendo

igual. Verificase con ello un contubernio escandaloso. Y del concepto que se tiene y del concepto que se da á creer resulta el bajo concepto que de la política por regla general se tiene, llegándose muchas veces á casos paradójicos sorprendentes como éste por ejemplo: Soy un buen político, ha-

go una buena política, aseguro el triunfo de mi política (siempre el yo como cosa precisa) y en esta seguridad imaginaria de su valer constructivo resulta hacer la peor política. Porque obsesionado en este precipicio de seguridad propia tejiese á su alrededor una malla que aprisiona y destruye la fuerza

idealista que es la fuente de toda política.

Dividimos la política en dos clases: política idealista y política activa. No pueden ellas separarse. Mejor dicho, la primera, puede vivir más independiente de la segunda, que ésta de aquélla.

La falta principal del político activo es la mayoría de las veces ésta: llegar. La condición sublime, hermosa del político idealista es ésta: construir, sembrar y dejar que germine. Cuando un político deja de poseer la máxima concepción de la idea nace en él el afán del triunfo. Si solo es político en el vulgar sentido que el público le da solo busca escudándose en el principio del nombre de una idea: triunfar pronto y como sea. No busca sembrar ideas y trabajar constantemente. No se aviene a que paulatinamente vaya creciendo este árbol de la idealidad, manto sublime cuajado de hermosas joyas de moralidad y de amor que cubre toda la tierra.

Somos nosotros enamorados fervientes de los hombres que las ideas sienten, sean éstas como sean. Vemos allí sea cual sea su creencia un idealista que sueña con parajes de perfección. Y los hombres así nos atraen y nos cautivan. Asimismo somos contrarios acérrimos de aquellos hombres que diciendo creen y defienden una idea no les asustan los medios por llegar al logro de sus ambiciones y no les asusta pactar y en maridar con quien sea con tal de llegar al punto deseado.

Resulta por tanto vacía la frase de aquellos que dicen que «político quien de ella haya de vivir» porque si todos fuésemos de esta abundancia nacería la selección, condición necesaria en todo partido que quiere ver realizadas sus aspiraciones.

Nuestro concepto político es éste: idealismo, mucho y elevado. Materialismo, poquísimo ó nada. Triunfar por obra realizada buena y elevada, no por maridajes que conducen al descrédito y a la vergüenza.

Manuel Favá

DENUNCIA

La hacemos por centésima vez, desde las columnas de nuestro semanario, contra el abuso que á diario se comete en las aceras, que de Palma conducen al suburbio de la Soledad. Raro es el día que no pasan carritos de mano cargados, rompiendo con sus férreas llantas, el cutis formado por el cemento, que asegura la duración de las mismas, como si la conservación y construcción de estas no costase un capital, á

las arcas Municipales. El estropeo que sufren por un tal abuso, les quita bastantes años de duración. Las tapaderas de las arquillas que en ellas existen también se están estropeadas á cada momento.

Del trance indebido de bicicletas sobre las citadas aceras, no queremos ocuparnos, porque ya es tan corriente este abuso, que los montados en ellas, se atreven á luchar contra los peatones.

Señor Alcalde: ¿Merece ó no merece correctivo éste abuso? Dígase francamente de una vez, y el público sabrá á que atenerse, sobre la materia denunciada.

Además debemos denunciar, ya que otra vez se empieza á hablar de *grüppe*, que en el citado suburbio y sobre todo en la calle del Hostalot, existe una charca en putrefacción, que amenaza la salud de los moradores de dicho suburbio. Pero no es allí solamente que huele mal, sino en casi todas las calles del mismo. Dígnese hacer una detenida visita de inspección por allí, Sr. Alcalde, y seguramente hallará mucho que corregir, lo cual podrá lograr con muy poco gasto.

Basta por hoy.

LA ELECTRICIDAD!

Este maravilloso invento que tantos adelantos proporciona en la vida humana, es prostituido por las Compañías que sobre ella se enriquecen. Todo Mallorca sabe como sirve al público. La Palma de Mallorca, no puede ser peor de lo que es y que sólo los mallorquines tenemos paciencia para soportarlo. La Compañía de Alaró, que suministra el fluido á los vecinos de Can Capas y otros suburbios, procede con sus abonados igual que la de Palma y pagan el fluido caro y continuamente se quedan á oscuras, es el colmo de los colmos, aunque quisieran no pueden tener peor conciencia. Si el *Bolcheviquis* ruso efectuara un viaje por esta illa de la calma, la primera visita seguramente sería para estos enamorados del bien cobrar y mal servir.

Burla burlando

Como terrible aluvión van unos sobre otros desgranándose los años.

Al final de cada año cuando se hace examen particular de nuestra directa participación en el transcurso de ese plazo de

tiempo, cual mas, cual menos decimos refiriéndonos al año entrante: «Año nuevo vida nueva»: como si la fiscalizadora conciencia de cada uno de los mortales nos recriminase la conducta observada hasta entonces.

Ello es un inútil propósito que nos hacemos porque un año es un soplo de vida y en ese corto espacio apenas tenemos tiempo de crear esperanzas nuevas que sustituyan las perdidas ilusiones. y soñando en futuras alegrías que conforten nuestro espíritu. recibimos al Año Nuevo sin otros argumentos de fuerza que aquel propósito de ser mejores que habíamos sido.

Mas el año, es decir, el tiempo, con su gesto de frialdad e indiferencia ni nos escucha, ni siquiera nos mira y continua su paso derrumbador de existencias.

Nosotros nos hacemos propósitos, nos creamos esperanzas nos forjamos ilusiones y no dudamos vencer con el factor tiempo. Contamos con un año, ó por un año, ó en un año. y aquí la dificultad del problema que nos resulta cuando al final del año estamos igual que al empezarlo. Y es que no puede hablarse de años, ni de meses, ni de días ni de horas, ni de minutos, sino de tiempo, pero de Tiempo sin plazo determinado, es decir de todo el Tiempo sin perder ninguno; porque el Tiempo no vuelve atrás ni admite espera en su infinita marcha y como es imposible perdurar en un propósito humano cualquiera sin distraer nuestras facultades, de aquí que pierde ó ha podido perderse un instante y en él todo lo que era eslabón necesario para la consecución del propósito.

Y dígame: de los treinta y un millones, quinientos treinta y seis mil segundos que tiene un año ¿quién no habrá perdido un cuarto de hora, en alguna especie de inutilidad como esta que yo realizo escribiendo este artículo?

¡He perdido novecientos segundos! ¡última de tiempo!

Perrillo

El bolcheviki errante

El pobre vagabundo ruso Miguel Waisbein, llamado también Tinikóf, viéndose expulsado de Francia—de esa Francia pervertida por la victoria y creyendo en la leyenda nibelungiana de nuestra hidalguía, refugióse en tierra española. Pero ya le darán hidalguía.

Waisbein pensó que, si no gentileza y caballerosidad, había en esta vieja tierra de cristianos caridad. Waisbein desconocía que aquí se apedrea a los mendigos, a los automóviles y a los trenes; que media España vive en la añoranza de la inquisición, del quemadero, de los «pogroms» medioevales, del estrago civil.

Waisbein ignoraba que nuestra hospitalidad no es la de esos pueblos de Oriente que dan al peregrino mesa en que yantar y cama en que folgar, sino la de aquella Sodoma que se amotinaba á la puerta del extranjero y le pedía á gritos al dueño de la casa que se lo entregara para deshonorarlo.

Waisbein, que había estado en Siberia, vino a España diciendo para su santiguada:

—Peor que aquello no será. Peores que la Ochrana y que los cosacos no serán los policías españoles.

Y vaya si lo son! Y tuvo ocasión de convencerse de ello el año pasado cuando lo condujeron á Zaragoza atado por los pies y por las rodillas, empacotado, enfardado y encajonado para que no se fugara. Ya no pueden dudarlo ni los más recalcitrantes al ver ese preso, asesinado tan inmisericordemente.

Luego dicen que hay bolchevikis. ¿No ha de haberlos, señora? ¿Qué creéis que haremos con vosotras, qué merecéis que hagamos con vosotras los revolucionarios españoles cuando aquí llegue el gran día? A los perros habrá que echar vuestros indecentes modonagos, vuestras malvadas entrañas. A Botín habrá que llevarle vuestros niños de teta para que nos los ase como si fueran cochinos.

Miguel Waisbein fué detenido por el horrendo delito, no de ser bolcheviki, sino de ser ruso, de ser judío, de ser inteligente, de ser decente, de ser hombre de bien.

Sus cualidades personales eran las que lo hacían temible, y no su bolchevikismo. Waisbein era un Sansón forzudo, un gigantón atlético de tronco acereño y robleño, un tío grande, fuerte, vasto y extenso como su patria. Un hércules y un niño á la vez. Cuando tocaba, quemaba. Cuando daba la mano, entregaba el corazón. En sus ojos azules llevaba todo el ensueño ruso. Conocía personalmente á los espartacos de Berlín, á los bolchevikis de Moscú, á Rosa la roja, al como él errante Trotsky, como casi todos los caudillos de la revolución maximalista. Cuando escribía ó hablaba, hacía lo con la violencia de los nihilistas eslavos y con el lirismo de los profetas de Israel.

—Aquí los revolucionarios estáis en Babia—me decía una noche—; sois más inofensivos que un cohete y embotracháis menos que el agua. Yo he ido á la guerra á robarle al enemigo sus secretos. Ahora sé conducir ejércitos, hacer barricadas y trincheras, manejar ametralladoras, disparar cañones. Actualmente una revolución no se puede hacer sin tanques, sin automóviles blindados, sin aeroplanos.

—Y antes de la guerra ¿teníais de todo eso en Rusia?—le interrumpí yo.

—Antes de la guerra—contestóme—no había de eso, pero había otra cosa que tampoco tenéis vosotros, a saber: arranque y arrestos. En cierta ocasión vinieron á quejarse unos campesinos de las tropelías de que los hacía víctimas su señor. Nos aumenta caprichosamente la renta, nos sofalta las hijas, me dijeron compungidos. Yo hice con el pañuelo un muñeco, le até una gaita al cuello y lo colgué de un clavo. Los mujiks comprendieron y asintieron con la cabeza. A ver, echemos ahora suertes; poned vuestros nombres en este sombrero, yo pongo también el mío, y aquel a quien toque cumplir la sentencia que la cumpla. Un nombre salió. Al día siguiente, el propietario abusón, colgado por el cuello, se balanceaba en la rama de un árbol.

—Ahora me explico por qué llaman á Rusia santa.

—Camerade Sambiancat, il faut faire ici comme ca.

Angel Samblancat